

LUGAR DE AUTOR

Llamar a las cosas por su nombre. Entrevista a Silviano Santiago⁷

Livia Reis
Márcia Paraquett

A fines de 2025, la *Revista Telar* de la Universidad de Tucumán nos regaló la oportunidad de coordinar un número dedicado íntegramente a la literatura brasileña. En este marco, decidimos convocar al escritor, crítico y profesor Silviano Santiago para una entrevista especial. Tuvimos el placer y el privilegio de pasar una tarde entera en la casa del querido Profesor Emérito de la Universidade Federal Fluminense, donde mantuvimos una agradable charla sobre literatura, cultura y, por supuesto, Brasil, entre otros tantos temas que compartimos con nuestros lectores en las siguientes páginas. Invitarlo a participar en esta edición era casi inevitable, porque sabemos que es una de las figuras de nuestra literatura y nuestra cultura con mayor proyección en Latinoamérica, donde nuestros colegas lo leen y estudian asiduamente, ya sea por sus ensayos, sus trabajos críticos o su obra narrativa.

Marcia Paraquett, Livia Reis⁸: *A partir de este preámbulo paso a mi primera provocación. Como dije, usted es conocido y muy leído en el mundo hispanoamericano, sobre todo como ensayista, quizá incluso más que como novelista. Sin duda, su trabajo más difundido en América Latina es El entre-lugar del discurso latinoamericano (O entre-lugar do discurso latino-americano), ensayo de 1978 publicado en el libro Una literatura en los trópicos (Uma Literatura nos Trópicos), del mismo año. Creo que ese texto es seminal para quienes estudian literatura comparada y crítica poscolonial, además de ayudarnos a comprender cuestiones identitarias que atraviesan tanto el pensamiento brasileño como el hispanoamericano, atravesado, sobre todo, por semejanzas y desencuentros, porque tanto en Brasil como en el mundo hispánico las identidades se piensan a partir de sus propias realidades, historia, geopolítica y lengua, casi siempre dejando de lado el contexto continental, algo que usted no hace.*

7. Traducción de Jorge Hernán Yerro, Universidade Federal da Bahia, Brasil.

8. A partir de ahora se refierirán como M.P. y L.R.

Entendemos que el concepto de entre-lugar de la literatura latinoamericana produce exactamente ese desplazamiento en el escritor brasileño, llevándolo a pensarse como escritor latinoamericano. Yendo a un plano más objetivo: ¿de qué manera el concepto de entre-lugar nos ayuda a entender las relaciones literarias del mundo hispánico con Brasil, es decir, a ver a América Latina como un cuerpo, entendiendo a Brasil como parte de ella y a nuestra producción periférica como una creación original?

Silviano Santiago⁹: Ante todo, quisiera agradecerles a ustedes dos, amigas y colegas, por haberse acordado de mi nombre para esta entrevista sobre el *entre-lugar*, y agradecer también a nuestros colegas de Tucumán, en la Argentina, por la futura publicación en una de las revistas académicas que editan.

Y, ya que mencioné lo “académico”, agregó que quizá convenga decir unas palabras iniciales sobre los distintos subgéneros de escritura crítica con los que trabajo; entre ellos, claro está, el que constituye el objeto de nuestra conversación de hoy: la escritura crítica académica en sus múltiples formatos dentro de la modernidad. (Por un momento dejaré de lado la escritura creativa, haciendo apenas algunas alusiones aquí y allá). El más común de esos subgéneros es la reseña de libros o el ensayo breve de carácter general, publicado en diarios o revistas. Algo más elitista, el artículo en revista académica. Para especialistas, el artículo teórico y disciplinar, o multidisciplinario en la posmodernidad, de circulación restringida y muchas veces publicado únicamente en libros editados por sellos universitarios. Y hay algunos más, cuya lista dejo que complete el oyente.

Curiosamente, el ensayo sobre el *entre-lugar* en la literatura latinoamericana (fechado en 1971), al publicarse, inaugura dos etapas distintas en mi escritura crítica. Si hoy me atengo a la crítica literaria y cultural que cultivé, hubo una primera etapa de base universitaria, es decir, regida por los patrones tradicionales de la academia, y una segunda dominada por el ensayo, o sea, por una escritura crítica más voluntariosa (¿o sería más subjetiva, más oportunista?, ¿más participante?) y sintonizada con el tiempo presente, que también incorpora interrogantes y perplejidades que exceden la simple *close reading* propuesta tanto por la “explicación de texto” francesa como por el *new criticism*, y que dialogan con la metodología contemporánea de lectura interdisciplinaria o multidisciplinaria, tal como la formula la teoría literaria europea y norteamericana contemporánea, debidamente articulada con las diversas versiones y aportes provenientes de la periferia latinoamericana, por ejemplo.

9. A partir de ahora se referirá como S.S.

El trabajo culminante de esa primera etapa es la tesis doctoral que empecé a investigar en 1960 y defendí en 1968 en la *Université de Paris* (Sorbonne), sobre la novela *Les Faux-Monnayeurs*, de André Gide. Durante los siete años finales estuvo dirigida por un profesor de la institución, Monsieur Pierre Moreau, y fue escrita de acuerdo con los estándares universitarios europeos. Ironías del destino: pese a haber tenido la oportunidad, hasta hoy no la publiqué en forma de libro.

Dije que la tesis doctoral es el trabajo culminante. Pero ¿culminante de qué?

El comienzo de mi carrera como becario brasileño en literatura francesa, especializado en la *Maison de France*, en Río de Janeiro, con profesores franceses, y luego como joven profesor universitario en los Estados Unidos a partir de 1962. Desde el punto de vista de la experiencia, la defensa de la tesis doctoral llega relativamente tarde, porque constituye la culminación, primero, de una serie de cursos que tomé como estudiante y becario en literatura francesa y, después, de otra serie de cursos sobre literaturas lusófonas que dicté en universidades de Nuevo México (62-64), Nueva Jersey (64-67) y Toronto (68-69). Entre 1969 y 1974 pasé a dictar cursos de literatura francesa en la universidad del estado de Nueva York. Me desvinculé en 1976.

Los contratos como profesor definieron mi actividad profesional, una actividad con la que me mantengo hasta el día de hoy, ahora ya en condición de funcionario público jubilado. Agrego que la actividad docente excede los límites geográficos y cronológicos que establezco para esa primera etapa. Recorre toda mi vida, se extiende incluso hasta estos años de jubilado. Hoy intento leer las últimas cinco novelas a partir de dos referencias europeas: *El libro*, de Mallarmé, y *À la recherche du temps perdu*, de Proust.

En 1962, ya en los Estados Unidos, no solo di cursos, sino que también dirigí trabajos de final de cuatrimestre tanto en grado como en posgrado. Todo de acuerdo con las exigencias europeas y locales. Intenté aplicar en la universidad brasileña, en la medida de lo posible, los estándares de calidad vigentes entonces tanto en la universidad europea como en la norteamericana: estándares rigurosos y estrictos, aunque flexibles en el trato hacia un “forastero”, a diferencia de los criterios de enseñanza e investigación que había recibido en la universidad brasileña en los años cincuenta. Estos se distinguían por la generosidad y la buena calidad, aunque la metodología tenía un carácter “impresionista” (para usar la jerga, algo peyorativa, de la época).

La segunda etapa surge inicialmente bajo la forma de un paréntesis entre la primera y la segunda fase. Es decir, cronológicamente todavía transcurre

en una experiencia breve y definitiva en el Departamento de Francés de la *State University of New York at Buffalo* (69-74). Después de defender la tesis en literatura francesa, decidí apostar por una carrera en el departamento de literatura francesa. Me presenté a un nuevo concurso, lo aprobé, fui contratado y permanecí allí durante cinco años como profesor en la universidad mencionada. Llamé parentético a ese breve período porque, antes de adquirir una mayor osadía participativa y de expresarme públicamente como artista e intelectual (fuera del campus universitario) por medio de otros subgéneros que ofrece la crítica literaria, mi propia personalidad se vio algo modificada por las circunstancias derivadas de ese retorno profesional al campo que había motivado mi elección de la Sorbona para realizar el doctorado (menciono la Sorbona porque fui alumno antes de la reforma del sistema educativo universitario francés, iniciada a partir del 68).

Enseñar, en las condiciones en que inicialmente enseñé literaturas lusófonas, una literatura en un contexto que le es ajeno, extranjero, no es una tarea que sorprenda al sujeto. No diría que equivalga a trabajar en un círculo vicioso, aunque sin duda se trata de un círculo restringido y poco estimulante.

De pronto, a partir de Buffalo y posteriormente en la universidad brasileña, los estímulos externos fueron tantos (empezando por el golpe militar de 1964) que sentí que el campus implosionaba y que, al mismo tiempo, me veía llevado a asumir una forma distinta de docencia, ya que los cursos y el contacto con alumnas y alumnos excedían ampliamente mi tranquila rutina inicial en territorio estadounidense. Eso me lanzaba a una compleja actividad intelectual y también a tareas administrativas que rozaban la “pequeña política” (para retomar la distinción de Joaquim Nabuco¹⁰) y la administración universitaria politizada. El estilo de vida asociado al campus se expandía hacia las comunidades que lo rodeaban.

Quiero decir que, en ese breve paréntesis, implosiona no solo la subjetividad del investigador y del docente (y del futuro escritor), sino también los subgéneros exclusivos de la crítica y de la historia literaria. Después de mi regreso definitivo a Brasil, ese paréntesis se confunde con la segunda etapa de mi carrera y le sirve de fundamento.

La segunda etapa comienza en la década de 1970 y coincide con mi regreso a Brasil. En ella, empiezo a interesarme menos por la crítica universitaria *stricto*

10. N. de T.: Alusión a la distinción formulada por Joaquim Nabuco entre la “gran política” o política con P mayúscula, asociada a proyectos históricos y principios de alcance nacional, y la “pequeña política”, vinculada a la gestión cotidiana, las negociaciones y las disputas administrativas.

sensu y más por el ensayo como forma de intervención intelectual y artística. Sin abandonar la universidad, empiezo a percibir que el trabajo crítico puede exceder los límites de la especialización y dialogar con cuestiones culturales y políticas más amplias. El ensayo pasa a ser, para mí, una forma de pensamiento y también de acción.

En los años estadounidenses, retomando en cierto modo lo que dije antes, mi escritura crítica se volvió visible en revistas académicas que exigían que el texto enviado para publicación fuera aprobado por dos árbitros. Se publicaron trabajos míos en revistas como *Luso-Brazilian Review*, *Hispania*, *MLA*, etc. Incluso el ensayo sobre el *entre-lugar* fue publicado primero en un cuadernillo universitario, en inglés (traducido del francés).

A continuación, mi trabajo con la literatura se amplió bastante. Me mantenía básicamente con la actividad docente, pero también ejercía otras formas menos rentables de escritura literaria, respondiendo a demandas muy distintas de las exigidas por la investigación y la docencia. Me responsabilicé por la edición en papel biblia de *Intérpretes do Brasil* y escribí el prefacio y las notas para la correspondencia entre Carlos Drummond y Mário de Andrade.

M.P., L.R.: *¿Y el ensayismo crítico?*

S.S.: La génesis del ensayo crítico, en mi caso, es, por lo tanto, paralela a la asociación entre la actividad docente y la creación artística. (Siendo aún adolescente, en Belo Horizonte, participé en un cineclub y tuve mi primera experiencia de escritura ensayística en la crítica cinematográfica. En un formato completamente ajeno, claro, una práctica que comenzó a difundirse a partir de la creación, en 1966, de las Escuelas de Comunicación en la universidad brasileña¹¹). En la asociación del ensayo literario con la creación artística, la relación entre ambas actividades puede ser más fuerte o más débil, según el caso; es decir, hay encuentros, desencuentros, aproximaciones y distanciamientos, etc. La crítica siempre “comenta” la creación, y viceversa.

El divisor de aguas entre las dos etapas fue, sin duda, el ensayo al que vengo refiriéndome, “El entre-lugar del discurso latinoamericano”. Escrito en francés, exhibe, a través de la *ausencia* de la palabra literatura en su título, un tratamiento

11. Nota posterior del autor. Mi labor como crítico de cine puede encontrarse en los periódicos de Minas Gerais de la década de 1950 y en los 25 números de la Revista de Cinema. Informo este dato porque, en mi formación, es importante el hecho de que ingresé en la teoría artística primero por la vía cinematográfica y solo después por la literaria.

orientado a la lectura del texto y no a la del libro (algo necesario en esa época); es decir, la obra literaria se aborda como constituida en menor medida por las *belles-lettres* y más por diversos discursos sobre el saber. En 1971, ya asomaba el deseo de expandir los estudios literarios hacia metodologías que trascendieran no solo una de las disciplinas más fuertes del ámbito de las artes, sino también las relaciones que la disciplina clásica, en su especificidad, mantenía con la estética. En una palabra: estamos ante un nuevo campo de reflexión, el de las metodologías de lectura inter o multidisciplinares.

Presenté el ensayo durante un simposio en la *Université de Montréal* (Canadá), que duró una semana. El profesor Eugenio Donato había invitado a tres pensadores contemporáneos de aquel momento. El primero en intervenir fue Michel Foucault; el segundo, René Girard; y yo, el tercero. Ese texto representaba, en un evento organizado en Canadá, a América Latina *en tiempos de tercermundismo*, desde una perspectiva, por así decirlo, europea y norteamericana, donde el profesor brasileño se sumaba a un grupo integrado por dos franceses: uno residente en Francia, Foucault, y el otro en los Estados Unidos, Girard.

La invitación a exponer reflexiones teóricas *no* sobre la literatura brasileña propiamente dicha, sino sobre la literatura latinoamericana, provino del amigo y colega Eugenio Donato, por entonces profesor visitante en Canadá¹².

Es importante no olvidarme de decirles que hice esa presentación tres años después del 24 de julio de 1967, fecha en la que el general De Gaulle gritó a viva voz en Montreal: “¡Vive le Québec libre!”. En el texto hay varias alusiones discretas al conflicto interno canadiense que el público entendió. Se referían, o se refieren, al Quebec libre, relacionando la provincia francesa con el poder nacional tomado por los anglosajones.

En mi charla, el *entre-lugar* latinoamericano es también el lugar de Quebec en Canadá. Me refería a la soberanía de América Latina y también a la de una parte importante de Canadá, donde se habla una lengua neolatina. En esa época, les recuerdo también la figura del primer ministro, Trudeau, y el hecho de que Canadá

12. Nota posterior del autor. Es útil informar que, en esa época, paralelamente a mis actividades en el Departamento de Francés, contribuí a la creación del Puerto Rican Studies Center, en SUNY at Buffalo. Su creador fue el profesor Francisco Pabón, gran amigo mío desde la Universidad de Rutgers. Del Centro de Estudios participó, por indicación mía, el pensador y político brasileño Abdias do Nascimento. Allí estuvieron presentes, en este orden, Glauber Rocha (con la exhibición de sus películas), Hélio Oiticica (con la lectura de la “Parangolecture” en la Albright-Knox Gallery) y Augusto Boal (con la presentación de la obra *Arena conta Zumbi*).

se convirtió en un país *bilingüe*. Todos los documentos públicos se publicaban en ambas lenguas. Estas cuestiones propiamente sociopolíticas están presentes en el texto de manera alusiva (pesó bastante la experiencia docente que tuve en la Toronto University en los años 68/69).

Mientras fui profesor de literaturas lusófonas en los Estados Unidos, no había tenido la oportunidad de hablar desde una perspectiva más amplia, la de América Latina. Y de hablar de América Latina ante un público que no fuera anglosajón. La escritura del ensayo fue muy importante en mi carrera porque marca también una nítida toma de posición sociopolítica, que ya existía, pero que no venía explicitándose en mis cursos de literatura brasileña y portuguesa, de público reducido. No hace falta recordarlo siempre, pero es bueno decir que por entonces vivíamos el período más agresivo del pensamiento y de la acción del tercermundismo. Tal vez yo haya actualizado, en los días que corren, la noción de *entre-lugar* con la expresión “literatura anfibia”. La *anfibia* es la literatura que tiene un pie en la estética y el otro en la política.

M.P., L.R.: *¿El entre-lugar responde a inquietudes de aquel momento en América Latina?*

S.S.: Desde una u otra perspectiva, enfatizo que la literatura latinoamericana tiene que ser abordada en un espacio *entre*, pues de lo contrario su producción de calidad no rebasaría las fronteras nacionales. Recuerdo también que ambas perspectivas correspondían a ciertas reivindicaciones que mi generación enarbolaba y que, hasta entonces, no se habían planteado.

Hasta mi generación, domina en Brasil una visión de la literatura que era presentada y representada por dos historias de la literatura de buena calidad. Ambas conforman un solo pilar (contrastivo en sí mismo, por supuesto) desde donde debe leerse el ensayo sobre el *entre-lugar*. Estas historias son obra de Antonio Cândido y Afrânio Coutinho, ambas publicadas en el mismo año, 1959: *Formación de la literatura brasileña* (*Formação da literatura brasileira*), la de Cândido, y *La literatura en Brasil* (*A literatura no Brasil*), la de Coutinho.

Las reivindicaciones teóricas y políticas que enunció en el ensayo del 71 no surgían del vacío dentro del pensamiento brasileño sobre la literatura nacional. Provenían, más bien, de dos “lugares concretos y vacíos”. Diferentes entre sí, estaban allí, en una y otra historia de la literatura, respectivamente. Había que visibilizarlos.

En la primera obra, encontramos la *exclusión del período colonial brasileño*. En la segunda, el *nacionalismo exacerbado (ufanismo)* que excluía la vertiente universalizante

de Machado de Assis. Ninguna de estas exclusiones es gratuita, puesto que ambas obras fomentan una metodología de lectura circunscrita a la disciplina de las *belles-lettres* y, sobre todo, a la cronología adoptada para enunciar, histórica y críticamente, lo que sería el “comienzo” de la literatura colonial o excolonial que recibe, y que tiene derecho a recibir, el *adjetivo brasileña*. Resulta evidente que ambas operan con la periodización literaria por estilo de época. Y estos dos “lugares concretos y vacíos” se explican, para mí, por una gran decepción y, al mismo tiempo, una admiración no menor.

Seré preciso y breve: una gran admiración que sentía por Francia, y que me llevó a enfrentar todo lo que se puedan imaginar en una época en la que no había becas de la Capes ni del CNPq¹³, a luchar por una beca de la Embajada de Francia, a querer hacer el doctorado sobre André Gide en la Sorbonne, y finalmente a escribir la tesis y defenderla en francés. Una gran admiración, repito, y una gran decepción con Francia, en el momento en que, en el año 1961, pongo el pie en territorio galo y descubro con mis propios ojos, veo al pueblo argelino, al colono francés del norte de África, rebelándose contra la metrópoli francesa en la mismísima capital del país colonial. Me doy cuenta de que existe concretamente eso que se llama “lucha colonial”.

Lo más importante es que mi *inocencia admirativa* descubre que aquel “descubrimiento” debería haber sido un *déjà-vu* para mí, y no lo era. Hasta mi generación, no quisimos ver *toda* la historia de Brasil. Nos conformábamos con saber que, a partir del siglo XVIII y de la Ilustración, hay una “sombra” en el pasado. Descubrí que esa sombra tenía nombre: es un sujeto histórico europeo.

En París, hay un episodio que me escandaliza profundamente. Me refiero al acontecimiento que hoy se conoce como la “Masacre de París del 17 de octubre de 1961”. Aquel día, cerca de 30 mil argelinos salieron a las calles de París en manifestaciones contra la represión que los discriminaba y los perseguía. Por orden del entonces jefe de policía de París, Maurice Papon, excolaborador del gobierno de Vichy, los manifestantes argelinos fueron golpeados, baleados y muchos arrojados al río Sena. 300 cadáveres en el río Sena.

El impacto fue saludable. Estaba allí para escribir y defender mi tesis sobre uno de los clásicos de la literatura francesa, André Gide, centrada en la génesis de su novela más famosa, *Les Faux-Monnayeurs*, y de pronto me encontraba intentando

13. N. del T.: agencias gubernamentales brasileñas de fomento a la investigación.

hacerme un hueco, en mi escaso tiempo de becario, para leer la revista *Présence africaine* o el bellissimo poema del martiniqueño Aimé Césaire, *Cahier d'un retour au pays natal* (1939). Que yo sepa, nada de eso había llegado a Brasil y apenas llegaba a los Estados Unidos en 1961. La lectura de ese libro de poemas resultó capital para mí. Yo ya sabía que algún día tendría que saldar cuentas, cuando volviera a mi país natal, ¿no?

Resulta al menos curioso descubrir que el viaje a París del brasileño para perfeccionarse en literatura francesa, a fin de obtener un título universitario que le abriría las puertas a buenas contrataciones futuras, había sido muy bien planificado y orientado. Sin embargo, es de la propia *experiencia de vida en el extranjero* de donde surge la decepción que contradice las bien encaminadas intenciones del estudioso.

Por delante asoma otra decepción, esta vez vinculada a la beca concedida por el gobierno francés. Jamás habría imaginado que el monto de la beca de estudios, pese a todos los beneficios ofrecidos por el *Comité d'accueil au boursier étranger*, no sería suficiente para mantenerme ni siquiera de manera modesta. No tenía ayuda económica de mi familia, así que debía mantenerme por mi cuenta. Me quedo en París durante el período 61/62. A principios del 62, llega la sorpresa salvadora.

Un amigo y colega de mi generación, Heitor Martins, casado con Teresinha, había sido contratado en 1959 como profesor en una universidad norteamericana. Nos mandábamos cartas y lo pongo al tanto de mi problema: no iba a poder escribir y defender la tesis con una beca de dos años. Había elegido a un autor difícil, un tema poco trabajada (la génesis de la obra literaria) y no era fácil alcanzar la amplitud de conocimientos necesaria para un trabajo de peso, y encima escrito en otra lengua que dominaba, claro, porque la había estudiado en Río de Janeiro, en 1960. No puedo echar a perder el viaje y la inscripción en el doctorado francés. No puedo volver a Brasil con las manos vacías.

En una de las cartas, Heitor me sugiere que me presente al concurso para profesor en la *University of New Mexico*, donde anuncian una vacante en literatura brasileña y portuguesa¹⁴. Buen sueldo, no me faltarían libros; la ciudad quedaba en el fin del mundo, pero tal vez eso fuera incluso algo positivo: tendría más tiempo para dedicarme a la tesis. Dicho y hecho. El comité me selecciona y recibo la propuesta de contratación. Me estoy acostumbrando a Europa y partiré hacia un país que

14. Nota posterior del autor. Lo paradójico es que me sentía más docto para enseñar literatura portuguesa que literatura brasileña. En Minas Gerais, había sido alumno de uno de mis mejores maestros en literatura: el profesor y erudito lusitano Rodrigues Lapa.

desconocía y hacia una región fronteriza con México. Entendía mal el idioma y lo hablaba peor. Me salvaron los constantes viajes a México, que derivarían en una novela sobre el viaje de Antonin Artaud a ese país.

M.P., L.R.: *Entonces, ¿se convirtió usted en un ciudadano del mundo, viviendo en Francia y en los Estados Unidos? ¿Cambió eso su entendimiento sobre Brasil y sobre la literatura brasileña?*

S.S.: Me contrataron como *Instructor*. Iba a tener que posponer la defensa de la tesis. Recién la defendería en el año 1967/68. Pude continuar escribiéndola porque Heitor me había dicho la verdad sobre las bibliotecas norteamericanas. Todos los libros y las revistas académicas necesarias los encontré allí. Lo central ahora es menos temporal que espacial. Allí estaba yo, brasileño, *sumando*, a la dura y difícil formación en literatura francesa, una literatura que conocía apenas por gusto: la brasileña y la portuguesa. Debía enseñarlas en un país cuya cultura solo conocía a través de las películas, la música popular, el pop y los escritores clásicos modernos que circulaban traducidos en Brasil.

Pueden imaginarse que yo era poco más que un amateur en literatura brasileña, y no un especialista. Y ahí tenía por delante un curso panorámico (survey, como lo llaman) de nuestra literatura y también de literatura portuguesa, ambos divididos en dos semestres. Me refiero a mi experiencia con la literatura brasileña¹⁵.

En el primer semestre, el curso empezaba con la lectura de la Carta de Caminha (1500) y llegaba hasta el Romanticismo brasileño; y, en el segundo, se leían las obras literarias representativas de ese movimiento hasta el Modernismo, también brasileño.

El primer día de clase, el ya grave problema del amateur en literatura nacional se complica aún más. Quien ya había visto la “Masacre de París” en octubre del 61, y ya había leído algunos números de la revista *Présence africaine* y amado el largo poema de Aimé Césaire, ¿cómo podría enseñar la Carta de Caminha sobre el llamado descubrimiento de Brasil?

Durante un semestre, me dejaron noqueado los textos escritos en lengua portuguesa durante el período colonial; el primero de ellos, redactado por el escribano de la escuadra portuguesa, tenía por objeto la implantación de dos

15. Nota posterior del autor. Para comprender lo que puede surgir de la enseñanza paralela de una literatura europea, metropolitana, y una literatura latinoamericana, colonial y/o periférica, léase un texto mío publicado en Hispania, en 1966, titulado “*Camões y Drummond: a máquina do mundo*”. A continuación, sería interesante leer “*Eça, autor de Madame Bovary*” (1970), incluido en *Una literatura en los trópicos*.

códigos en Brasil: el lingüístico y el religioso. Colonización en lengua portuguesa y cristianismo: así se lee en Os lusíadas.

Antes que nada, tenía que repensar mi formación estrictamente literaria y en literatura europea, para poder escapar de los lugares comunes colonialistas de los que se valían los historiadores de aquella época (por cierto, el responsable de la edición de la Carta, vendida a los estudiantes en la librería de la universidad, era lusitano). Antes que nada, debía *repensar* mi formación estrictamente literaria y en literatura europea para poder escapar de los lugares comunes de los que se valían los historiadores lusófonos al comentar la Carta de Caminha.

¿Cómo leer ese texto con estudiantes que vivían en una región de los Estados Unidos donde las poblaciones indígenas todavía se vestían con atuendos tradicionales en las calles de Albuquerque, Santa Fe y Taos? En Taos, aún se conservaban las aldeas de los indígenas pueblo, visitadas en el siglo XX por Aldous Huxley, D. H. Lawrence, Carl Jung, Aby Warburg, etc. En mi caso, la enseñanza de la literatura nacional había “comenzado” en el siglo XVIII: primera lectura, los árcades de Minas, en Ouro Preto. Tenía por delante un semestre lleno de malas intenciones y vacío de conocimiento.

Tengo que leer mucho, pensar e... inventar, a partir de lecturas muy recientes y mal digeridas, alguna metodología de lectura. En ninguna otra ocasión volveré a leer tantos libros en el transcurso de dos años.

M.P., L.R.: *O sea que tuvo que enseñar en los Estados Unidos una literatura con la que todavía no estaba familiarizado. ¿En esa época creció su relación con México? ¿Su lectura de la Carta de Caminha ya sería decolonial?*

S.S.: Allí estaba yo, poniendo en práctica una *estrategia de lectura* que fue cobrando sentido a medida que dictaba muchísimas clases sucesivas y escribía una tesis sobre un gran novelista francés que, a su vez, me recordaba constantemente, en sus textos más audaces, que Francia era un país colonial. Pienso a menudo en *Voyage au Congo* (1927), el relato de viaje a dos países africanos en el que Gide formula terribles denuncias políticas.

En Albuquerque, durante dos años, estuve enseñándoles una cultura extranjera a estudiantes cuya lengua era el inglés y, en algunos casos, el español o una lengua indígena, y yo no la dominaba. Y tenía que adentrarme más a fondo en un nuevo, distinto y complejo *ethos* para poder ofrecer una enseñanza diferente y eficaz.

Entre los estudiantes, había uno que conservaba nombre y costumbres indígenas. Comprobé la eficacia de mi enseñanza cuando me invitó a cenar a la casa de su familia. Por fuera, la casa era de estilo pueblo (de adobe) y, por dentro, el piso de la sala, por ejemplo, era de tierra apisonada. Una gran e inevitable sorpresa en ese Estados Unidos de los indios pueblo.

Llego a la conclusión de que la manera contemporánea de leer la Carta de Caminha sería a través del *lenguaje figurado*, que sirve, de manera sin duda inconsciente, para construir la ideología colonial portuguesa que orientaría y orientó la colonización de esa región que, con la futura emancipación, se transformaría en el Estado-nación brasileño. Ningún significado de palabra debe tomarse al pie de la letra, literalmente: todos los vocablos y expresiones debían entenderse en su sentido figurado (si es que lo tenían). Para llegar a la realidad del llamado “descubrimiento” de Brasil, era necesario *leer las metáforas del texto, muchas aún escritas en latín*.

Y, en la medida en que uno entiende la producción del texto y su eficacia persuasiva a partir de su sentido figurado, va descubriendo naturalmente el significado oculto de las metáforas y, no sin asombro, descubre que la principal de ellas es *semen est verbum Dei* (“la semilla es la palabra de Dios”; en contexto: “Vuestra Alteza debe plantar en esta nueva tierra la semilla de la palabra de Dios”, cito de memoria). Se pone en evidencia —y se vuelve tema de discusión en clase— una de las tareas de la colonización: la catequesis del pueblo indígena.

Dos criminales portugueses, que habían venido en la escuadra, fueron dejados en tierra al final del viaje, donde se quedaron. Según el texto, aprenderían la lengua local y serían los primeros en enseñarles la palabra de Dios a los indígenas. Será una tarea fácil, porque los futuros súbditos de Su Majestad portuguesa son tan inocentes como Adán y Eva en los tiempos bíblicos. Viven todos y todas desnudos. Las mujeres exhiben sus partes pudendas sin vergüenza alguna, incluso ante hombres completamente extraños. Por otra parte, no tienen nada “escrito” en la cabeza: son *tanquam tabula rasa*. Y así siguen los argumentos metafóricos del escribano.

Durante las dos primeras clases, fuimos desarmando la Carta de tal manera que se convierte en un texto bastante sofisticado, cuya lectura se despliega en dos, tres, cuatro, muchísimas cuestiones, que son las más importantes para conocer a las naciones del Nuevo Mundo que atravesaron la larga y terrible experiencia colonial. La cuestión del genocidio indígena está allí, en su génesis. Pero, evidentemente, no está la génesis de la esclavización del africano, obligado

a trasladarse a la colonia portuguesa. Es un pueblo diaspórico en la constitución de Brasil, traído por la fuerza cuando empezó a faltar mano de obra indígena, ya fuera por la muerte o por su desaparición paulatina en la selva.

M.P., L.R.: *¿Existe influencia del pensamiento de Derrida en su noción de entre-lugar?*

S.S.: Me adelanto en el tiempo y salto a otro período, 1969, cuando enseñé literatura francesa en los Estados Unidos y me veo obligado a informarme sobre las nuevas metodologías de lectura; entre ellas —salto otra vez varias experiencias de lectura teórica— las propuestas por el posestructuralismo parisino y las filosofías de la diferencia, con Michel Foucault y Jacques Derrida a la cabeza.

A partir de la historiografía de Occidente, tal como ellos la expusieron y defendieron, advierto que la tendencia a la *metaforización* —que considero una de las fuerzas más oscuras y concretas para comprender la actividad colonizadora— puede explicarse mejor desde la noción de *diferencia*. La lectura que hago, casi de manera intuitiva, buscaba llenar en el objeto escrito un espacio *entre*, pleno pero en apariencia vacío: un *entre-lugar* que está siempre *en producción* en el transcurso de los textos leídos y por leer. Ese gesto no puede ser puramente intuitivo: requiere cierto control semántico y racional, para comprender mejor la instancia del poder colonial y la sujeción del colono.

Siempre hay, en la escritura colonizadora, una tendencia a la metaforización y a la idealización de la tierra, en un gesto señorial, *aparentemente* a favor de la tierra y de su habitante: de su habitante originario. ¿A favor de qué? A favor de algo que les resulta necesario y que les falta (son *tanquam tabula rasa*), para llegar a reconocerse como posadámicos, como humanos y, en un futuro próximo, como “buenos salvajes”. Es necesario que se les dé la oportunidad de recibir algo de Dios y del Rey. Y eso les será dado en un futuro próximo.

A partir de estas reflexiones empiezo a trabajar la cuestión de la *diferencia* derridiana como constitutiva de un *entre-lugar*. Tanto la lectura de Derrida como la de textos propiamente artísticos y la de documentos históricos requerían esta herramienta. Bien alimentada y bien afilada, la herramienta de lectura debía enfocarse en los textos en el *entre-lugar* y, en la medida de lo posible, valerse de ella con fuerza para estructurar la lectura en torno a la diferencia que sostiene los textos y los explica mejor que una lectura disciplinaria, ya sea del texto artístico o del documento histórico.

El *entre-lugar* requiere un trabajo de investigación y de lectura siempre en expansión. Al principio, su rendimiento es más inmediato en la lectura de textos

del período colonial o de fundamento neocolonial. Volvamos al ejemplo de la Carta de Caminha. El lector notará que es allí donde la metáfora de la semilla adquiere una rentabilidad increíble.

Miren: un siglo y medio después de escrita la Carta, el padre Antônio Vieira pronuncia desde el púlpito el “Sermón de la Sexagésima” (1665), donde recurre a la “Parábola del Sembrador” (“predicar es sembrar”) para cuestionar la ineficacia de la predicación católica en Brasil.

La metáfora de la semilla, de modo semejante al sentido que adquiere en la Carta de Caminha, se repite, pero con (1) el sentido nítido de una lectura de fondo bíblico, no solo del arduo trabajo de catequesis, sino también del propio relato histórico de la colonización portuguesa; y (2) como lectura cualitativa de ese trabajo de catequesis. Como tercera intención, la palabra de Vieira busca enfrentar una orden religiosa con otra, porque la tarea está siendo realizada con mayor calidad por una orden que por la otra. Los jesuitas son mejores que los dominicos.

El sermón lo dice de manera barroca y, aquí, en clave deconstructiva: tres cuartas partes de las semillas plantadas en la *tabula rasa* [en la mente del indígena] no germinaron; solo una cuarta parte llegó a germinar y quizá fructifique. Y por eso —ahí viene un hermoso juego de palabras de época— cuenta menos el trabajo de catequesis en el Paço, junto al Rey (los aduladores del monarca, los dominicos), que la evangelización que se hace gracias a los pasos (de los misioneros en Brasil, los jesuitas). *Dreams that money can buy*. Linda pelea entre órdenes religiosas. No se hace la catequesis en el *paço* real, sino gracias a los *pasos* que se dan en tierra hostil.

Se puede seguir “persiguiendo” en la historia de la literatura y de la cultura brasileñas la metáfora de la semilla. Los textos serán variadísimos. Me valgo apenas de los que se clasifican como literarios. Doy dos ejemplos.

Dos siglos después del sermón de Vieira, en la novela romántica *Iracema* (1865), la *semilla* se *humaniza* en la figura dramática de un guerrero portugués. Es *semen*, evidentemente masculino y patriarcal: el semen del portugués Martim (etimológicamente, el dios Marte, guerrero) que deja embarazada a la seductora indígena Iracema (etimológicamente, la “virgen de labios de miel”) a través de su violación.

No fue la violación de una virgen, afirma el novelista católico y esclavista, *en off*, ante el lector atento. Ella le había ofrecido antes al guerrero el licor de

Jurema. La bebida lo embriaga y lleva al joven Martim a perder la compostura y el juicio. No la violentó, se dejó *seducir* por ella. En esa genealogía del pueblo brasileño, el nombre del hijo engendrado por el semen de Martim, Moacir, dice mucho. En lengua indígena, su nombre significa “hijo del sufrimiento”. Así, en el Romanticismo brasileño, el futuro ciudadano brasileño aparece ya dado como hijo del sufrimiento.

Para deconstruir hoy esa metáfora, alcanza con una lectura rápida del manifiesto “Pau Brasil”, de Oswald de Andrade. Por ejemplo: “La alegría es la prueba de los nueve”. Adiós, sufrimiento identitario.

Otro ejemplo está en la novela *Triste fim de Policarpo Quaresma* (1915), del escritor negro Lima Barreto. Se trata de una ficción bastante audaz, porque el presidente de la República, el mariscal Floriano Peixoto, es un personaje ficcional. Así, en los tiempos republicanos del mariscal Floriano, Policarpo Quaresma descubre lo obvio: el brasileño tiene un conocimiento apenas *libresco* de su patria y, por eso, desconoce cuáles serían las razones del atraso del país en el conjunto de las naciones modernas.

Policarpo deja la capital de la República, Río de Janeiro, y se va al campo. Se dedica a la agricultura, a plantar semillas en una tierra que, según el saber libresco, se daba por ubérrima. Las sucesivas actividades agrícolas, también apoyadas apenas en ese conocimiento libresco, no tenían los pies en la realidad. Se descuidaba la salud de los pobladores rurales y, entre los insectos dañinos que abundan en los trópicos, se olvidaba a la hormiga, capaz de alimentarse de cualquier hoja verde.

Policarpo vuelve a Río para comunicarle al presidente el *fracaso* de su intento de convertirse en agricultor.

En la novela de Lima Barreto, aparece al final el estribillo que luego retoman Monteiro Lobato (en la figura del Jeca-Tatu) y Mário de Andrade (en *Macunaíma*): “Poca salud y mucha saúva¹⁶, esos son los males de Brasil”.

M.P., L.R.: *Veo que el entre-lugar se vincula con toda su historia, con su biografía. Al fin y al cabo, ¿el entre-lugar es un concepto, una herramienta?*

S.S.: Retomo, una vez más, la cuestión inicial que ustedes dos plantean, con vistas a comprender mejor la génesis de la idea de *entre-lugar*. Es una herramienta de trabajo, sí, que fisiológicamente (es decir, en su génesis) tiene que ver con lo autobiográfico. En su génesis íntima, aclaro.

16. N. del T.: saúva es el nombre brasileño de una hormiga cortadora de hojas (hormiga arriera), una plaga agrícola.

Me parece más apropiado decir que la génesis del *entre-lugar* está ligada al intento de un estudioso brasileño, interesado principalmente en la literatura y las artes, pero también en la cultura en su sentido amplio, de constituir un pensamiento vivo, abierto y alerta, y no un pensamiento meramente reproductivo, propio de un periférico con buena y diversa escolaridad.

Por eso, si me hubiera quedado únicamente en la materialidad del trabajo académico que, a partir de los treinta años, fui adquiriendo en mi formación en las universidades brasileña y extranjera, habría estado siempre escondiéndome de mí mismo, *traicionándome*. De ahí proviene también el hecho de que, en el momento en que me invitan a escribir una conferencia, cuyo formato oral me llevó a contradecir las líneas fundamentales del trabajo universitario, yo haya preferido (o haya optado por) expresarme en forma de ensayo. Tiré por la borda tanto las notas al pie como las páginas finales de bibliografía. ¿El año? 1971. Objeto de la conferencia: el *entre-lugar* (de la literatura latinoamericana).

El ensayo, en mi caso, quizá adopte una forma más cercana a la novela posmoderna que escribo, más cercana a la poesía que hago, que a la notable y maravillosa contribución de los grandes pensadores europeos modernos a la crítica y a la historia literaria occidental.

Si se toman en cuenta estas observaciones y digresiones, se advierte que la propia idea de “concepto” no puede aplicarse, o no debería aplicarse, ¿no? ¿No debería? Exagero.

Exagero con las prohibiciones. No me corresponde decir si mi lector puede o no considerar concepto el *entre-lugar*. Tengo que ser consciente de que lo lancé al mercado; pero también tengo que decirme que su *futuro*, si es que lo tiene, claro, no depende ni de mí ni de mis prohibiciones (sonríe). Afirmando que creo, que considero, que la noción de *entre-lugar*, tal como la configuro, no debería alcanzar la categoría de concepto.

¿Por qué? Porque, en las filosofías de la diferencia, como explica Jacques Derrida en *L'Écriture et la Différence* (1967), no hay posibilidad de trabajar con conceptos. La genealogía se hace por la *différence*, a través de la reflexión sobre la *différance* (a partir de la a que se lee y no se escucha). El objeto de esta herramienta de trabajo es la escritura, el texto, no el habla humana. Y uno de los puntos básicos de la definición de concepto es que se trata de una idea general que permite identificar fonéticamente cualquier objeto en el mundo. El *entre-lugar* busca comprender no el *habla* de Sócrates, sino el *texto escrito* platónico, para caer en un lugar común y

pensar en el célebre ensayo de Derrida, “La pharmacie de Platon”. Es responsable de un enriquecimiento semántico *casi* absurdo (sin duda utópico), generado por la *lectura de texto escrito*.

Vuelvo, una vez más, a la Carta de Caminha. Su lectura en términos de los conceptos de la época, o del siglo XVIII, o del conservadurismo de hoy, llevaría al lector a avalar el proyecto colonial: *transformar* (la mayoría de las veces, por la fuerza) la tierra conquistada y a sus habitantes en *copia* de la tierra conquistadora. Esa búsqueda de *unidad colonial*, que va más allá, evidentemente, de las fronteras europeas y, en última instancia, occidentales, es lo que Derrida considera una de las fuerzas socioeconómicas y políticas más poderosas de *centramiento*: por ejemplo, el eurocentramiento de América Latina a partir de su “descubrimiento” por portugueses y españoles; o, en el caso que el filósofo nacido en Argelia conoce tan bien, el eurocentramiento del mundo árabe. Léase el ensayo indispensable *L'autre cap*.

La ausencia de transcripción, en tupi-guaraní, de la voz indígena es lo más terrible de la Carta de Caminha. En cuanto objetos humanos, los indígenas son leídos como seres *sin* lenguaje, es decir, sin el lenguaje humano que habría permitido el *diálogo* entre dos grupos que se desconocen mutuamente. Entre ambos no rige el lenguaje fonético. Por suerte, contamos con un documento histórico tan rico que nos permite, gracias a la *escritura*, una lectura compleja y, a la vez, inagotable de lo que realmente pudo haber ocurrido en aquellos siglos en los que ambas civilizaciones estuvieron cara a cara. En la Carta, los indígenas son, *a priori*, animales. Solo podemos “leerlos” por su *comportamiento*, tal como queda filtrado por ojos europeos.

El proyecto futuro de la tierra y de sus habitantes es más que eurocéntrico: es etnocéntrico, y así sucesivamente. El texto de la Carta al monarca portugués representa, simbólica y literalmente, la victoria de Europa a través del genocidio indígena, lento y considerado indispensable. Esto es lo que se llama un conflicto asimétrico, tan válido en las palabras de Montaigne, que abren el ensayo en cuestión, como en la actualidad del conflicto entre los Estados Unidos e Irán.

¿Cuántos siglos habrá que esperar para que se entienda que el pueblo indígena brasileño es tan interesante como materia cultural cuanto el indígena inca o el azteca? Tuvimos que esperar a Lévi-Strauss. Paradoja de las paradojas.

El pueblo de esa tierra tropical es nómada. No edifica ciudades, no tiene una organización social estable en un espacio geográfico regido por la fuerza interna del “poder coercitivo” (apud Pierre Clastres). El pueblo indígena brasileño “edifica” su civilización por mitos. ¿No es esa la lección que nos ofrecerá Lévi-Strauss?

La ciudad misma de los incas y los aztecas fue lo que los favoreció durante la conquista. Las lecturas de aquellas culturas extrañas se hacían a partir del modo en que se leían las ciudades con las que se encontraban los conquistadores: ciudades con liderazgos indígenas establecidos y consagrados por todos sus habitantes. Eran ciudades *semejantes* a las europeas, y es en la semejanza donde se vuelven más *seguras*, ya que pueden presentarse como *resistencia* frente al guerrero extranjero que invade un territorio ajeno para conquistarlo. Nuestra cultura indígena, la del pueblo tupi-guaraní, para generalizar, quedó en desventaja desde el inicio. Se presentó ante los portugueses en la playa donde anclaban las carabelas y, por más que se buscaran ciudades, no se las encontraba.

Leída con cuidado deconstructivo, se nota, en la *escritura* de Caminha, que la dificultad principal que enfrenta Pedro Álvares Cabral para establecer un buen diálogo con el ser humano que se busca conquistar es la falta de un *jefe* que pudiera servir como interlocutor privilegiado.

Llevaron a bordo de la carabela a un indígena prominente, le dieron regalos, lo agasajaron, pero al día siguiente lo buscan entre la multitud y había desaparecido. Sin la representación de viviendas en una ciudad construida, semejante a la europea, y organizados en comunidades que no requieren la fuerza del poder coercitivo (cuando no están en guerra contra sus enemigos, cabe hacer la salvedad), los indígenas brasileños se volvieron presa fácil.

La herramienta del *entre-lugar* señala *asimetrías* entre fuerzas distintas que están en juego. Las fuerzas que actúan en un *encuentro* tan excepcional siempre son numerosas, pero deben dividirse entre fuerzas más poderosas y más débiles. Las poderosas siempre vencerán. Y las débiles siempre serán sobrevivientes y, si se las priva de vida, tienden a ser borradas de la faz de la Tierra. La herramienta en cuestión favorece una lectura de lo que hay de *vestigio superviviente* en la escritura en lengua portuguesa que nos fue legada. En el caso brasileño, este *vestigio* de la escritura fue borrado de tal modo que solo reaparece como fuerza reveladora de una cultura excepcional en el siglo XX, con los antropólogos, y en el siglo XXI, en este momento, con el extraordinario arte indígena, cuyo ejemplo es el artista plástico Jaider Esbell, nacido en el estado de Roraima.

M.P., L.R.: *¿Existe influencia del pensamiento de Derrida en el entre-lugar?*

S.S.: Tuve el gran honor de participar en el primer congreso realizado en Argelia (país donde nació el filósofo), en homenaje a Jacques Derrida. Fui invitado a hablar en esa reunión académica, la primera que se realizaba del otro lado del

Mediterráneo, para retomar el bello título de un ensayo derridiano, *L'autre cap*. Su importancia para enriquecer mi modo de pensar a partir de 1962 fue extraordinaria.

Finalmente, me gustaría que notaran un curioso movimiento de supervivencia latinoamericana. Leí a Derrida cinco años después de haber empezado a leer los textos coloniales de la historia brasileña. Eso quiere decir que no llego a la lectura del “filósofo de la deconstrucción” como un aprendiz novato. Llego a sus textos ya consciente de que hace falta una mirada *distinta*, una sensibilidad menos propensa a la repetición de lo mismo en el proceso de lectura y de explicación docente de un texto escrito por un europeo sobre Brasil, o incluso por un brasileño; y, sobre todo, cierta audacia para presentar ese material como algo de interés para la pequeña comunidad que se forma en un aula o para aquella otra que se forma en torno a cualquier texto escrito y publicado.

Soy de una ciudad del interior de Minas Gerais, y uno de los aspectos más fascinantes es notar que allí, para retomar una expresión conocida, “se les pone nombre a los bueyes”, es decir, “se llama a las cosas por su nombre”, ya que muchas veces las cosas suceden de manera desorganizada y sin forma. Y el nombre es un modo de volverlas más reconocibles, tanto para uno mismo como para el otro.

Derrida me ayudó a ponerles nombre a mis bueyes sueltos en el campo del saber brasileño y latinoamericano. Me dijo que los llevara al corral de la deconstrucción. No solo serían mejor tratados, sino que además vivirían en una vida comunitaria más amplia.

El título del primer libro suyo que leí, *La escritura y la diferencia*, ya dice casi todo. Apuro mi razonamiento: como ya venía trabajando con los conceptos de diferencia, deconstrucción y descentramiento de lo logo-, etno- y fonocéntrico, y así sucesivamente, la noción misma de lo universal dejó de tener sentido frente al eurocentrismo de la colonización portuguesa de los trópicos. Y, ¿por qué no trabajar, al final de la vida, con una noción que nos lega el novelista Machado de Assis: que la escritura literaria brasileña puede ser democrática?

M.P., L.R.: *Muchas gracias, profesor Silviano, por habernos brindado, a nosotras y a los lectores de la Revista Telar, esta hermosa clase. Fue un placer conversar sobre literatura, entre-lugar, América Latina y Brasil. El placer fue aún mayor por haber compartido con sus lectores su biografía académica.*

Río de Janeiro, mayo de 2026.



